

las empresas para ejercer la vigilancia de que antes hemos hablado, y en otros el Gobierno es concesionario y socio.

De estas tres formas en que según las conveniencias del país deban llevarse á cabo las empresas indicadas, lo menos conveniente, en el sentir de la buena economía, es el de subvenciones. Tienen que ponerse á salvo los intereses nacionales, y conciliar á éstas con las de las empresas extranjeras, que cuidarse de las garantías que no siempre satisfacen á la nación, y por último, que es un poderoso aliciente para las empresas de ferrocarriles construir á expensas del Gobierno sin arriesgar del todo sus propios intereses.

CAPITULO XIV. DEL COMERCIO.

I

SU INFLUENCIA.

En épocas anteriores á la que transita la generación presente, los historiadores, los filósofos y los economistas han podido tratar del comercio como de uno de los ramos productivos que, al par de la agricultura y de la industria, contribuyen al bienestar de los pueblos, facilitándoles las cosas materiales que les sirven para satisfacer sus necesidades, aumentar sus goces y herosear la vida. Siempre se han dividido los productores en tres clases principales: los que cultivan la tierra, los que transforman los productos naturales en artefactos de diversas especies, y los que conducen los productos en su primitivo estado, ó en su estado artificial á los puntos en que han de consumirse, y los venden á los consumidores. Estas tres clases de agentes desempeñaban funciones igualmente útiles, y á los ojos de la sociedad y del Gobierno, eran igualmente preciosos y necesarios. En verdad, si limitamos nuestra consideración al hecho solo de producir el capital y el trabajo empleados de cualquiera de aquellos tres modos, contribuyen con igual eficacia al aumento de la riqueza pública y privada.

Pero debemos advertir aquí que los sucesos del siglo XVIII han modificado en cierto modo lo general de la doctrina, no porque ningún ramo de industria haya adquirido mayores derechos que los otros á la consideración del economista y del legislador, sino por-

que hay uno entre ellos que ha salido de la simple categoría de ramo productor para elevarse á la de gran agente de la civilización y poderoso resorte de la política, y desde estos dos puntos de vista el comercio merece la gratitud de todos los gobiernos de la humanidad, y el estudio especial de los que están destinados á manejar los intereses públicos.

Además, como instrumento civilizador, el comercio obra de dos modos en la suerte de las naciones: 1° Esparce los productos de la industria en países que no los conocen, y por consiguiente, crea nuevas necesidades, fecunda nuevas ideas y establece nuevos vínculos entre los hombres. No hay sér humano que presente menos garantías á la moral y al orden que el que necesita de poco para vivir y pasarlo bien. Si necesita de poco, no trabajará mucho; si no trabaja mucho, pasará largas horas en la ociosidad, y ya se sabe cuántos vicios resultan de ésta. Necesitar de poco, es emanciparse de la dependencia en que forzosamente hemos de vivir unos de otros para formar una sociedad ordenada; y el que no depende de nadie y no puede esperar por lo tanto que nadie dependa de él, no creemos que deba considerarse como un miembro muy útil ni muy apreciable de la sociedad humana. Hay una gran diferencia entre el habitante de la Nueva Zelandia, vagando por los bosques, sin más vestidos que una faja de juncos, sin más aspiraciones que satisfacer de cualquier modo el hambre y dormir el resto del día, y ese mismo hombre, puesto en contacto con los establecimientos ingleses de su isla, obligado á vestir sus carnes, aficionado á la comida, al aseo, al método de vida de los colonos y amoldado poco á poco á una vida infinitamente más grata que la anterior, pero que al mismo tiempo lo despoja de una gran parte de la independencia de que antes gozaba. El comercio lleva en las naos que emplea no sólo tercios y barricas, sino ideas y goces; con los productos de la industria esparce al mismo tiempo las semillas del estímulo y de la actividad, y en las comodidades físicas que distribuye por los mercados van envueltos nuevos hábitos, nuevas propensiones y nuevos resortes de vigor moral y de trabajo útil. La civilización del Asia menor, provino de las colonias griegas establecidas en la vecina costa del mar de Jonia, y todo el que ha leído la historia sabe que aquellos establecimientos eran el centro de todo el comercio y de toda la navegación del Mediterráneo.

2° El comercio obra de otro modo como establecimiento civilí-

zador, alejando las ocasiones, los motivos y aun la posibilidad de la guerra, que á lo menos por algún tiempo suspende el curso de la civilización y afloja todos los resortes que la promueven. ¡Cuántas disputas serias no se han suscitado entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos de América desde la paz de 1812! Y sin embargo, ha sido forzoso hacer grandes sacrificios de intereses y de amor propio para evitar un estallido que paralizaría el cultivo del algodón en los Estados del Sur, que arruinaría completamente á los fabricantes de Manchester, que dejaría sin subsistencia á 300,000 operarios y cerraría las puertas de Liverpool á los inmensos cargamentos de harina y trigo que le despachan sin cesar las embocaduras del Ohio, del Mississippi y del Delaware. No hay una nación en el Golfo exenta del influjo de estas circunstancias.

Además de estas ventajas en favor de la civilización, el comercio ejerce otras benéficas influencias, entre las cuales se encuentra la de multiplicar las ocupaciones de tal modo, que cada hombre tenga la suya, y ésta le baste para vivir y progresar. El comercio necesita, promueve y facilita la división del trabajo hasta sus últimos límites, y proporciona á los hombres una cantidad infinitamente mayor de cosas útiles y agradables que las que se producirían si los individuos y los pueblos estuviesen reducidos á no contar sino con sus propios esfuerzos y recursos.

El comercio da de sí lo bastante para llenar todos los instantes de la vida, para dar ocupación á todas las familias humanas, para aguzar el entendimiento en la indagación de las especulaciones productivas, de los mercados más provechosos, de los medios más fáciles y baratos para la conducción y para el despacho de las mercancías. Hay negocios comerciales que suponen trabajos intelectuales tan vastos y tan complicados como el más arduo problema científico, conocimientos geográficos, inteligencia de los valores metálicos, de las variaciones del cambio, cálculo de las probabilidades en el orden político, en el moral y hasta en el atmosférico. Este alimento continuo de la inteligencia, este estímulo que sin cesar reciben el saber, la lógica natural, el arte de conjeturar y el juicio de las realidades, realzan nuestra condición, ensanchan nuestras aptitudes, multiplican el valor de la inteligencia, nos alejan más y más del embrutecimiento inseparable de la inacción, y en la misma proporción nos acercan al desempeño de los altos destinos de la humanidad.

II

LIBERTAD DE COMERCIO.

La libertad es la causa del engrandecimiento social del hombre; cuando goza ampliamente de ella, se acerca á la sublimidad de su misión, que es, según las más sabias doctrinas, el concurso en el concierto universal que hace de cada espíritu un mediador en el perfeccionamiento moral.

El comercio, que es la confraternidad del que necesita y del que proporciona, del que oferta y del que demanda, esa función de la propiedad nata en el sér humano, que comienza siendo el despojo de un objeto para la adquisición de otro, el sacrificio de necesidades, y que ha terminado por ser el agente del trabajo, tiene esa libertad á que nos referimos y es la que le hace preponderar en los países cultos.

Dos son los aspectos en los cuales hay que considerar la libertad de comercio: cuando éste es interior, ó sea de la misma nación, ó cuando es internacional.

Una de las mejoras á que activamente tiende la Economía Política, es la de hacer libre y franca la comunicación entre pueblos y habitantes para lograr en cuestión del comercio, que es el que nivela los intereses sociales, la fraternidad común.

La Economía no quiere trabas ni embarazos que obstruyan la circulación de las riquezas, las manifestaciones del trabajo y la propalación de los intereses; así, las alcabalas, las aduanas, los pasaportes, etc., han tenido que ir desapareciendo al rudo golpe que la ciencia ha dado á las imperfecciones humanas.

El dominio de la Economía Política ha abarcado muchas facultades en todas las esferas de la vida, ha logrado que sus trincheras de sólidos principios amparen al individualismo y á las naciones para defender los legítimos intereses de la humanidad; pero aún tiene por conquistar muchas de las causas que dieron nacimiento á tan sublime ciencia.

Las relaciones entre el Estado y el pueblo no se ven todavía libres de esa lucha entre los generales y los propios intereses.

El comercio interior, no sólo en Méjico, sino en otras naciones, goza de una libertad relativa.

En el comercio exterior, ó sea en el que se hace de nación á nación, hay razones muy análogas á las que ofrece el de pueblo á pueblo en un mismo país.

Si por la semejanza de productos en un mismo suelo, por la igualdad de tendencias y de necesidades, ha de concederse libre curso al comercio, para que resultara la unión y la armonía, que deben ser la base de la felicidad de una nación, por la diversidad de climas y producciones, por la desigualdad de la dotación de artículos y de las aptitudes especiales de cada tierra, nace la necesidad urgente de que libremente unos mercados recurran á los otros para que los cambios sean frecuentes y favorables al desarrollo de los propios elementos de riqueza.

Así es como la exportación estimula al trabajo y á la propiedad, haciendo que el que manda cierto producto á cambio de otras mercancías extranjeras, se dedique con más ahinco á la producción de aquellos artículos que puede cultivar con más economía; así como las naciones procuran que sus productos les procuren otros que puedan ser cambiados por otros con más baratura para adquirirlos.

De aquí nacen la ausencia del monopolio y el perfeccionamiento de los productos. Estos, como las razas, necesitan regenerarse para no degenerar, como la propagación de las familias necesita multiplicarse en un campo de acción más vasto que el que ellos mismos proporcionan; y, dicho sea por último, la riqueza universal es la riqueza humana.

¿Cómo, pues, restringir el comercio exterior? ¿cómo no sentirse animado de ese sentimiento de confraternidad que engrandece el espíritu y le hace partícipe de ajenas dichas y ajenos sufrimientos? El cosmopolitismo se impone á los más absurdos principios.

La Economía Política no es hostil al espíritu de nacionalidad: funda simplemente la alianza de los pueblos en la diferencia de sus facultades y caracteres.

III

COMERCIO INTERIOR EN MÉJICO.

Todas las realizaciones económicas van al comercio como al manantial de la riqueza pública, y en todas las evoluciones sociológi-

cas permanece impasible como la enhiesta roca de la playa donde van á morir las olas turbulentas del Océano.

En el hogar del opulento es abundancia, en el del desvalido es miseria, lujo y ostentación en los salones, débil abrigo y mezquino sustento en las chozas.

Es el amigo del banquero que gasta con él las pingües rentas de que disfruta; va con él á paseo en elegante carruaje, tiene palco en el teatro, asiento en los banquetes, confortable cámara en el *yacht*, y es objeto de envidias y codicias.

En las horas de orgía es el consejero del derroche para el mimado de la fortuna, que perfuma su frente no empapada por el sudor del trabajo; tiene siempre valiosos obsequios para las queridas, caprichos realizables para los amantes temporales, y llega á tanto su influencia, que pone á buen precio lo que de más sagrado hay para el alma: las caricias y los besos.

Si el placer lo conoce y tiene con él grandes intimidades, el dolor le lleva á sus hogares y le hace presidir las realidades de la vida; es el agente que malbarata no sólo lo superfluo, sino lo más indispensable, es el fiel guardador de las pasadas opulencias y de las íntimas congojas de las familias desgraciadas á quienes acompaña en todas sus vicisitudes, hasta que desaparecen de este mundo: llora ante los féretros baratos y va al panteón cuando la fortuna no le ha negado hasta el lecho para el último sueño....

El comercio, como el judío de la leyenda mística, atraviesa llanuras y desiertos, trepa por las montañas, surca los mares, pasa de ciudad en ciudad, de nación en nación, y no le es dable descansar, porque la voz de la actividad humana le dice: *¡Adelante! ¡Adelante!*

Desde que la primera forma mercantil determinó la reciprocidad de intereses, desde que las necesidades y la satisfacción se dieron cita en el mercado para hacerse valer, los consumos y los cambios engendran la personalidad del comerciante, y queda establecido el comercio como causa y efecto del desarrollo social.

El comercio interior y exterior necesitan como elemento indispensable de vida, la libertad; sin ese elemento no podían adquirir virilidad. Siendo el comercio, como ya hemos dicho, la unión de las industrias, y necesitando éstas de libertad para su desarrollo, lógico es que el comercio la tenga.

El comercio, en Méjico, considerado históricamente, no gozó de

esa libertad en la época colonial, y por lo mismo—como muy bien observa un autor:—“Mutilado el colono en sus derechos más preciosos, trueca la propiedad del mayor número; irritada la rapacidad de una metrópoli hambrienta por el cebo de nuestra riqueza, la existencia fué raquítica y viciosa desde la cuna: el comercio no podía tener jamás el desembarazo, ni la robustez, ni la virilidad que en los pueblos libres.”

El sistema fiscal ejercido en las Colonias cuando en Europa entera dominaba la absurda creencia de que los dominios de ella no tuvieran vida propia, era un constante monopolio; las industrias, como las artes, estaban sujetas al estancamiento; los privilegios estaban á merced del dominador. Todos los caracteres de una esclavitud completa, absorbían la savia de la producción.

El estado, pues, que guardaba en aquella época el comercio interior del país era calamitoso; se hizo necesario que el indio afrontara la inseguridad pública de los caminos y las dificultades de la falta de vías de comunicación, para que en las *ferias* cambiara y realizara sus manufacturas hasta donde ese cambio y esa realización eran permitidas por la concurrencia de artículos españoles introducidos en gran escala al país.

El tráfico era imperfecto, entre otras causas, por la inseguridad pública y la falta de vías de comunicación á que acabamos de referirnos; sólo el indio, ese hombre degenerado en bestia de carga, ó reducido al mecanismo humano, mantenía á diario ese tráfico, igual que hoy le vemos recorrer los caminos, sin mostrar fatiga alguna, para vender en el mercado una pequeña mercancía, tales como legumbres, madera, objetos de alfarería, pita, ixtle, etc.

El comercio al por mayor se hacía transportando la mercancía en lomo de mula.

El tráfico necesitaba ser estimulado, cual todavía á la presente suele serlo, por el libertinaje, el vicio y la prostitución que campean aún en nuestras *verbena*s religiosas.

El popular *Romancero Mejicano* nos ofrece la siguiente descripción bellísima de una *feria*:

“Todavía hemos oído de los labios de nuestros padres, contar, alentados y nerviosos con el colorido de la leyenda, las maravillas de la *feria de Lagos*.”

“Ese pueblo característico del Bajío, con sus rectas calles y portales desiertos, con su elegante santuario, coronado de torres alti-